

marianne de
tolentino

arte moderno del caribe: una alianza sin contradicción

● Hace solamente unos cuantos años, si alguien preguntaba acerca de las artes visuales en el Caribe, con excepción de muy escasos datos sobre Cuba y Puerto Rico, el silencio era la respuesta, y si el pintor cubano Wifredo Lam se conocía y llegaba a ejercer una influencia, era por su residencia y éxito en París.

Los únicos poseedores de datos culturales sobre la región en el Caribe eran historiadores, antropólogos y arqueólogos, pero las informaciones se circunscribían al período precolombino, a la arquitectura, a la música y la danza, a la cultura popular y la herencia africana, sin abordar la creación plástica. Razones sobaban para ese desconocimiento.

Recíprocamente, en el área caribeña, nadie prácticamente sabía del arte de los “vecinos”. Respecto al arte dominicano, moderno y contemporáneo, en acelerado crecimiento, existía una vaga y equivocada noción de parentesco con los patrones formales haitianos.

Esa mútua y recíproca ignorancia empezó a ceder minimamente por los 60 ante el incremento de las comunicaciones regionales, o sea para los dominicanos después de la muerte de Trujillo, en forma más decidida en las décadas del 70 y el 80, y como un compromiso necesario después del 1990.

Hemos de volver a mencionar los contactos con Puerto Rico y con Cuba. La Bienal del Grabado Latinoamericano y el Caribe de San Juan jugó al respecto un papel institucional. Casa de las Américas en La Habana y el Centro Wifredo Lam, con su Bienal Latinoamericana luego extendida al Tercer Mundo, demostraron un interés, cálido y correspondido, por la región. Esos tres factores institucionales iniciaron un acercamiento multilateral, con un criterio de selectividad.

Indudablemente, la Bienal de Pintura del Caribe y Centroamérica ha sido el gran encuentro, celebrado en Sto Domingo, que, en 1992, a la vez, revela a la República Dominicana el florecimiento del arte caribeño al través de más de 20 territorios isleños, y la pujanza artística dominicana - obras, artistas, convocatoria, museos, galería, crítica - a sus vecinos de la cuenca. Finalmente se descubre una riqueza plástica compartida entre países anglo, franco, holando e hispanófonos...

Exposiciones como Carib Art en Curazao, Indigo en Guadalupe, Caribbean

Visions - desde los Estados Unidos - “Caribe insular: exclusión, fragmentación, paraíso” en España, y otros eventos probablemente, aparte de las colectivas e individuales privadas en aumento, han ido fortaleciendo un movimiento artístico intercaribeño. Debemos mencionar que, fuera del continente americano, en París, se celebró la primera muestra pretendiendo abarcar el Caribe entero, a principios del 1992, sentando un precedente, y que, en 1994, una selección de Carib Art viajó a la UNESCO, aunque desgraciadamente no tuvo los resultados promocionales esperados.

Queremos puntualizar que, a pesar de rasgos igualmente comunes, nuestra intervención no abarca los países de “tierra firme” bañados por el mar Caribe - México, Venezuela, Colombia-, demasiado extensos y complejos para esta breve comunicación. Aunque enfocemos el Caribe de habla hispana, más cercano no solamente en distancia sino en elementos culturales e históricos por la colonización española, nos referimos al archipiélago en general - aumentado de Belice, las Guyanas y Suriname- y por supuesto a la vecina República de Haití, con la cual la R.D comparte la isla.

Si a todas las islas del Caribe viajaron artistas europeos, profesionales y aficionados, unos de paso, otros estableciéndose y modificando a menudo su visión occidental, fue en el Caribe hispano donde nació primero un arte local por sus autores y sus temas, emparentado con la academia y los estilos de Europa, fundamentalmente a partir del siglo XIX, y decisivamente desde los inicios del XX.

Observamos una evolución similar en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Sin embargo, en Santo Domingo los primeros pintores importantes surgieron más tarde que en las dos primeras islas, que desde finales del siglo XVIII y el siglo XIX tuvieron maestros e inicios de movimientos artísticos. Cabe señalar que, en los tres países, los pioneros de la pintura nacional moderna tuvieron que dedicarse paralelamente a la enseñanza y otras actividades profesionales para poder sobrevivir, situación que no ha mejorado del todo, hoy en el 2001.

La coyuntura empezó a cambiar por los años 20 - época significativa para un despunte del arte latinoamericano en general - y después del 1940 la impronta de la modernidad se precisó. Puerto Rico evolu-

cionaría más lentamente hasta mediados del siglo, Cuba, desde los 30, demuestra una actualización hacia lo universal y luego la abstracción, mientras la llegada de inmigrantes europeos da un fuerte impulso modernista a la República Dominicana. A pesar de las diferencias, en los tres países, encontramos el mismo rechazo de una asimilación europea, pero existe la consciencia de que la identidad vernácula ha de trasmutarse y transitar por nuevos caminos estilísticos. Si no el arte contemporáneo, la mentalidad contemporánea de un arte en constante renovación empezó a surgir entonces, a mediados de la década del 40.

Si seguimos el perfil histórico, observamos otra coincidencia en la aceleración de los cambios. Los acontecimientos políticos precipitan el compromiso creciente con un arte en mutación: la Revolución y el socialismo en Cuba, la muerte de Trujillo y la lucha por la democracia en la República Dominicana, el status de Estado Libre Asociado en Puerto Rico. Los 60 son un período clave donde los artistas del Caribe hispanófono investigan más y buscan lenguajes figurativos ajenos a la complacencia y la superficialidad.

Si trasladamos la mirada a los principales países angloparlantes, más lentos en la ruptura de la tradición y definiciones plásticas, renuentes a la pintura más que a la escultura, vemos que las inquietudes de las décadas del 30 y 40 van a solidificarse en torno a la Independencia política del Reino Unido después de los 60, en dos direcciones: preocupación sincera por llevar el arte al pueblo y una politización de la imagen, que incluye la exaltación de las raíces africanas y el proclamado rechazo de las influencias de las potencias coloniales. Jamaica, Barbados y Trinidad han tenido un liderazgo que sigue adelante, aunque sería injusto desconocer a los países más pequeños, teniendo los de mayor superficie, población y recursos artísticos una responsabilidad al respecto.

En pocas palabras, el fenómeno evolutivo de la plástica es bastante similar en toda la cuenca caribeña, en aquella década de los 60, pero con sus particularidades etnoantropológicas, sociales y políticas, según las islas.

Si nos desplazamos hacia el Caribe francófono, República de Haití, islas de Guadalupe y Martinica, observamos que los años 40 son decisivos, a la vez para fort-

alecer la identidad cultural y fertilizar la producción artística, y que la década del 60 también debe tomarse muy en cuenta. Centro de Arte de Puerto Príncipe creado en 1944, el "Foyer" (traducción aproximativa: hogar) de las Artes Plásticas y galerías que, por los 60, quieren complementar el reputado "art naïf" con una expresión profundamente haitiana... pero moderna.

Respecto a las vivencias plásticas guadalupeñas y martiniqueñas, que asimilamos por la extrema brevedad de nuestro enfoque, la Segunda Guerra Mundial funge de período catalizador. Se establecen centros locales de formación artística, y en la década del 60 nacen movimientos por una pintura "criolla" fundamentada en el orgullo de la negritud, y una actitud de resistencia política ante la presencia y la escuela francesas.

Sobrecoge comprobar que, en ámbitos políticos y administrativos, sociales y lingüísticos tan distintos - a las cuatro lenguas oficiales, hay que agregar quince idiomas y dialectos "créoles"- existen fechas y décadas claves comunes, los 30, los 40, los 60... que por cierto se destacan en las artes visuales de la República Dominicana.

Igual observación se impone en el Caribe Holandés, Curaçao y Aruba, donde el arte moderno empieza a tener adeptos por los años 30, y lo respalda, buscando afianzamiento técnico y expresión propia, la creación de escuelas de arte y museos antes del medio siglo. En la aspiración por encontrar un sello nativo, dos corrientes se marcan: una más vernácula, la segunda más internacional y moderna. En el continente sur, pero asimilada al Caribe, Suriname, nación desde 1955, rica en herencias, etnias y culturas, también marca un desarrollo decidido en su actualización.

Así mismo ha sucedido en la República Dominicana, estando la pintura de Santiago más aferrada al lar natal, la de Santo Domingo más permeada por las tendencias foráneas, europeas, acentuándose por los 70 influencias norteamericanas y latinoamericanas. Esas llegaron a través del muralismo y sobre todo a nivel de personalidades, esencialmente Tamayo, Lam, Torres-García y Matta. Wifredo Lam y el Muralismo mexicano valen para el Caribe en general, a título de ejemplo cultura identitario.

Los últimos veinte años del siglo... y el tercer milenio incipiente van a caracteri-

zarse por la complejidad anterior - que fomenta una diversidad bienvenida en los discursos gráficos (ilos más postergados!), pictóricos y escultóricos del área, al mismo tiempo que una firme toma de consciencia aproxima el momento de una definición estética antillana. El tiempo del mútuo conocimiento, de una verdadera fraternidad caribeña en el arte, ha llegado y esperamos que ese florecimiento creativo alcance el reconocimiento fuera del continente americano.

En las treinta islas aledañas,- si nos referimos a las principales en superficie-, el apego a la identidad se manifiesta por el sincretismo de distintos credos religiosos, la importancia del elemento racial - predominando el negro y el mestizaje, fruto de las distintas migraciones-, la fusión de la materia y el espíritu -, orientación que se ha ido precisando hasta hoy.

En la época contemporánea pues, mitologías personales y colectivas, mitos viejos y nuevos van tornándose una presencia constante, dotada de infinitas variaciones temáticas y estilísticas, con la fantasía más desbocada... o controlada. Podemos afirmar que cuatro generaciones en plena actividad interpretan las tradiciones rurales y urbanas, desmitifican las instituciones o los personajes, tanto como se rebelan en contra de la tecnología, el consumo, las imposiciones culturales inconsultas.

Un compromiso nuevo denuncia, en un enfoque más regional e internacional que antes, los males de la globalización, la depredación de la naturaleza, las desventuras de los inmigrantes y la tragedia del SIDA - que ha hecho estragos entre los artistas del Caribe-. La pintura sigue siendo la categoría mayoritaria, pero, en lo tridimensional, la instalación emprendió un particular desarrollo, no sólo en R.D. , Cuba y Puerto Rico, sino también en Trinidad - desarrollando proyectos ecológicos entre islas vecinas con el proyecto "Big River"-, Barbados, Martinica y las Antillas Holandesas, incluyendo las más pequeñas, -como lo demostró la exposición "Identidad, Ayer, Hoy y Mañana" en 1999.

A partir de esas múltiples fuentes de inspiración, que se trasladan del mundo exterior al mundo interior, las composiciones vibrantes de ritmos, de sustancia, de colores, ejercen efectos verdaderamente encantatorios, integrando lo sagrado y lo profano, la vida y la muerte, las figuras

antropomórficas y zoomórficas, mediante signos y símbolos... que conservan su misterio. La simbiosis entre arte, espíritu y tierra, llegando a lo concreto de texturas y mezclas arenosas, puede considerarse un fenómeno colectivo en todo el Caribe.

En la plástica de las Pequeñas y Grandes Antillas , iguales formas, temas y trascendencias han ido floreciendo. En todas las islas, lo que acentuamos como mestizaje racial y legado afroantillano se ha metaforizado en formulaciones puramente plásticas que, al igual que en Santo Domingo, combinan, alternan, fusionan la organicidad y la construcción, estallan en una fiesta sensorial y privilegian el sincretismo de las creencias.

Sin problemas, la cultura popular se alía con lenguajes contemporáneos internacionales. ¡Alcanzar la paradoja de un arte a la vez ancestral y actual, apropiándose y reinventando, está en el temperamento, las convicciones y el oficio del artista caribeño! Proviene él de Aruba, Bahamas, Barbados, Cuba, Curazao, Dominica, Guadalupe, Guyana, Haití, Islas Vírgenes, Jamáica, Martinica, Puerto Rico, Santa Lucía, Suriname, Trinidad o República Dominicana. El eclecticismo y una gran libertad ante las "modas" y las "bogas", que, no se rechazan, pero se adaptan, se observan críticamente, se "creolizan". Esa mezcla de absorción y reconversión parte de un intento. es más, de un propósito de definición regional. Sostenemos que el posmodernismo se practica, sin alardes críticos, desde hace décadas en el Caribe, de la arquitectura a la pintura.

La época actual es particularmente propicia a una integración de la plástica insular dentro de un contexto continental y universal. Los cánones fijos, las normas precisas, las "recetas" imperativas de antaño han desaparecido, cediendo ante la fantasía (casi) suelta del creador. Y esa evolución/revolución permanente conviene a la personalidad de los artistas caribeños, estimulados y receptivos, siempre que respeten sus fuentes y antecedentes culturales.

No deja de existir, entre los menos informados, el prejuicio de que un arte puramente intuitivo - preferimos la propuesta de "intuitive eye" emitida por el jamaicano David Boxer -artista y director de la National Gallery en Kingston- y una exposición de 15 autodidactas que él organizó, a la socorrida denominación de "art

naïf” - domina el arte caribeño, aún en el período actual. Esa corriente, vigente, respetable y encantadora cuando es auténtica, es reputada por su fuerza en Haití, pero no sobrepasa, aun en el arte haitiano, la importancia de una de las expresiones visuales practicadas, y creadores conceptuosos como Edouard Duval-Carrié y Mario Benjamin ya tienen importancia en el arte contemporáneo internacional.

Cuando estudiamos históricamente el arte de la región, vemos que, dentro de la tolerancia ideológica que caracteriza el Caribe en muchos aspectos, no hay exclusiones estilísticas, y que la crítica - ¡no nos inhibamos en mencionarla! - suele contribuir a esa amplitud expresiva. Sin embargo, un movimiento específico no ha cesado en continuidad y expansión, desde los años 50, y por tanto en el arte contemporáneo. Es el *Expresionismo*.

A partir de su perfil original europeo, significa exuberancia, efusión, rebeldía, impulsos liberados, o sea una formulación acorde con el temperamento y el sentir del artista antillano. En nuestros expresionistas de ayer, la “nueva imagen” de hoy y probablemente la de mañana, reina nuevamente el “mestizaje”, combinándose con realismo y surrealismo, alternando y sumando la abstracción y la figuración, según las opciones individuales. El famoso grito del pintor noruego Edvard Munch ha tenido ecos... amplificados en percusión caribeña, así mismo en tiempos recientes las distorsiones del inglés Francis Bacon o del holandés Karel Appel.

Ahora bien, como precursor de un “expresionismo antillano”, dramático, visionario, sumergido en las entrañas de la tierra, permítanos señalar a un dominicano, ejemplo típico de mestizaje por su origen, Paul Giudicelli. Adulto, jamás pudo salir al exterior por razones políticas familiares. Lo guiaron la pasión encerrada (¡!) y un trabajo insaciable. De no morir a destiempo, él hubiera incidido aún más en el desarrollo de la plástica nacional y probablemente la caribeña.

El Expresionismo fue verdaderamente un modo de “afirmación” en la identidad, principalmente en el aspecto formal y la factura, pero que ha sabido evitar la estereotipia y la repetición, defectos frecuentes en muchos neoexpresionistas europeos y latinoamericanos. Hemos reflexionado y encontramos varias modalidades, simultáneamente homogéneas y distintas.

En ese expresionismo tipificante, las Generaciones del 80 y del 90 continúan y demuestran una fuerza pujante, que sigue la tradición del mestizaje estilístico y temático, que exterioriza sus ansias en la pintura y las instalaciones, sin que olvidemos la gráfica. Algunos son exitosamente polivalentes en su trabajo. Más aun, es cada vez más raro que un artista antillano se limite a un solo lenguaje visual.

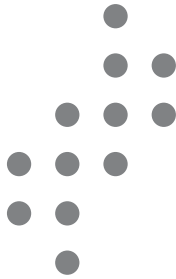
Esos nuevos rebeldes que asumen compromisos renovados de forma y de fondo, que van encontrando una causa, sobrepasan las fronteras isleñas y sus respectivos sistemas político-administrativos para declararse “hijos del Caribe”. ¿El famoso artista haitiano, Sacha Tebo, cuando le preguntan su nacionalidad, no responde “caribeño”? Los primeros ecos, que nos llegan del tercer milenio, como las obras sobre papel de “Between Lines” y las propuestas multimedias para la IV Bial del caribe - que abre en Santo Domingo el 14 de noviembre próximo- confirman la simbiosis isla/caribe/mundo y pueden considerarse como “contemporáneos” según la calificación de la crítica de arte occidental.

Los apreciamos a la vez como poetas e iconoclastas, abstractos y figurativos, crueles y tiernos, irreverentes y respetuosos, introspectivos y observadores, atestiguando que los opuestos se funden y concuerdan... Si ellos pintan o dibujan, el graffiti, la mancha, la línea convulsionada, el trazo versátil, el color suelto instrumentan sus signos, generalmente organizados en una buena composición.

Si montan instalaciones, la imagen e imaginación se pasea, entre desechos y reciclajes, objetos perecederos o durables, aportes gráficos, fotográficos y pictóricos, construcciones blandas o duras, tecnología - si está a su alcance - y tradición.

El acabado final conforma estructuras sólidas en lo físico y lo ideológico, casi siempre refiriéndonos a la historia, al entorno, a la condición humana del caribeño y sus avatares, sin olvidar la magia, un ingrediente de todos los días. Lo pudimos observar en “La Fortaleza del Arte Contemporáneo”, estupenda colectiva de instalaciones, celebrada en República Dominicana, que, a sorpresa nuestra, interesó un público masivo.

Cuando nos referimos a la impronta caribeña en la iconografía expresionista 90/2000, varios artistas y países sintetizan esas raíces, esa retórica de una región que



no olvida: canoas y “boat-people”, indios exterminados y africanos esclavos, (in)migraciones documentadas e ilegales. la fuente nacional específica desaparece en esos gritos multitonales y multidimensionales que funden el pasado y el presente.

Navegando en el mar que une y separa los territorios del Caribe, sostendremos que la figuración expresionista, asimilada espontáneamente por las islas, ha contribuido, a fertilizar la idiosincrasia plástica, a conservar las huellas ancestrales, a integrarse a la modernidad y la contemporaneidad, teniendo como categoría predilecta la pintura. Concursos, bienales y exposiciones, focalizadas en las Antillas, organizadas dentro o fuera de ellas, que hemos enumerado parcialmente, han permitido comprobarlo. Su estética se convierte en una lengua referencial y vehicular, compartida y comunicante, que absorbe tanto las tradiciones orales como la continuidad de los valores antropológicos, sociales y geográficos.

El expresionismo, desprovisto de tabues e imposiciones, impregna las Antillas Holandesas -hecho ciertamente vinculado a la impronta de Holanda en los estudios y la práctica del arte-, permea un sector importante del arte anglófono - en particular Jamaica y Barbados, incluyendo a los rastafaris -, llega a los francófonos - a pesar de que Francia no es un país de dominante expresionista-, Guadalupe, Martinica, Haití aún, y por supuesto florece en el Caribe hispanohablante. En Puerto Rico desde el 1960, en Cuba desde la tercera década del siglo pasado, en Santo Domingo desde 1950, como una manifestación a la vez ideológica y estética ese estremecimiento sacudió las artes visuales.

Este breve estudio ha tratado de sobrevolar analíticamente el Caribe, insistiendo en los últimos 50 años de expresión plástica, mostrando en nuestro “arte mestizo” la alianza entre tradición y modernidad, entre las artes visuales del centro y de la periferie... según los solemos calificar.

Citaremos para terminar una propuesta de un destacado crítico de Guadalupe, Jocelyn Valton, que nos parece reflejar el mestizaje artístico antillano: “Expresar su visión del punto de vista de su cultura sin quedar preso del regionalismo, desarrollar una visión singular, encontrar una escritura que puede ser descifrada por una mayoría sin caer en la difusión y el olvido de las

luchas a emprender todavía, hallar un lugar en mercado internacional sin someterse a sus dictámenes, querer el reconocimiento de su trabajo sin esperarlo de modo servil, asumir la posición de mediador entre las culturas, como un aprendiz de brujo que introduce en su campo cultural ideas y formas nuevas, nuevos conceptos, nuevas técnicas! Fermentos de revolución, tal vez! En fin mantener la fe en sus valores, preservando al mismo tiempo un espíritu de apertura propio de la región caribeña.” ●

→ Marianne de Tolentino - is Director of the Centro Cultural Cariforo, and an art critic. She is a former professor at Universidad Autonoma de Santo Domingo, and actual President of AICA Dominican Section.